

Vindicación. Frances Sherwood. Seix Barral, Barcelona, 1993. (398 pág.)

La protohistoria literaria de una escritora emerge cuando se excava en sus ruinas, se descubren sus cimientos y encontramos, entre sus piedras teñidas de dibujos inciertos, la escuadra primera de su medición. En *Vindicación*, la escritora norteamericana Frances Sherwood asume el oficio de arqueóloga de una sólida e íntima unidad que es el edificio incólume del feminismo. Un enorme mural sobre la infancia de Mary Wollstonecraft descubre la trayectoria de una vida disidente, transgresora y crítica con la sociedad machista y brutal de finales del siglo XVIII en Gran Bretaña y durante el período de terror de la Revolución Francesa.

Más allá de la vía de la experiencia o del conocimiento, la primera novela de Sherwood, hija de un bioquímico y lingüista judío que se suicidó al ser requerido a declarar por el Comité de Actividades Antiamericanas en la época del maccarthysmo, nos presenta una biografía de la pionera del feminismo desde el desván de sus primeros años, en los que una oronda criada que se untaba los pezones con manteca y azúcar se los hacía chupar a Mary, aún impúber, mientras le enseñaba los renglones torcidos de una vida cotidiana, gratuita pero nada insólita; o la impotencia de un padre, borracho de estulticia, que pegaba a toda la familia; el cruel acontecer de una adolescente que sobrelleva la vida en vuelo, por encima de cualquier protagonismo subjetivo, donde la danza ritual de sórdidas imágenes se va incorporando al círculo mágico de la narración.

Sin embargo, el tratamiento de la historia no supone complicaciones técnicas. La autora se limita a narrar con tinta bicolor la experiencia de una mujer enfrentada a un sistema, el castigo social que recibe y, por fin, su "triunfo". La tinta verde para relatar la biografía de la autora de *Vindicación de los derechos de la mujer* y sus relaciones con relevantes figuras de la cultura de la época: Mary Wollstonecraft pasó por la cárcel y el manicomio, estrelló a su primera hija contra la pared, se intentó suicidar, tuvo varios amantes y un amor imposible —el de su editor, Joseph Johnson—, se casó con un hombre, William Godwin que, como ella, se sirvió de la literatura para denostar una sociedad que les empujó al matrimonio; y, finalmente, murió a causa de unas fiebres

puerperales a los once días de un parto no deseado, tras el que nacería Mary Shelley. La tinta roja para describir sensaciones convertidas ya en acontecimientos, en los que un arcángel caído se convierte en una especie de gloria oscurecida a través del amor y del terror. Sherwood consigue reunir en *Vindicación* complejos efectos psicológicos, prejuicios sociales, miedos, determinismos y diferencias bajo una intensa y doble perspectiva que acepta la contradicción de que la literatura, incompatible con la vida, está destinada a iluminarlo todo, incluso el propio rasgo de la pluma sobre el papel.

En 1888 publicaba Percy B. Shelley su poesía *Prometeo encadenado*, donde proponía un final feliz en el que la miseria y la esclavitud humanas quedaban abolidos. No tan optimista resultó la parábola de Mary, su esposa, que ese mismo año escribió, con sólo diecinueve años, su novela *Frankenstein o el moderno Prometeo* en la que el creador del monstruo alimentaba su filantrópica sed de saber con un interés en favor del progreso del género humano. Mary Shelley había sido la causa de la muerte de su madre, cuyas obras leía con devoción sobre su tumba, y a los diecisiete años, siendo ya la amante del poeta, dio a luz a una niña prematura que no llegó a sobrevivir. Tras la lectura de *Vindicación*, vemos a la heroína de corte romántico, "la hija que da la muerte para obtener la vida", "la madre que da la vida a una hija muerta" como la auténtica reencarnación de su madre.

Material de venganza es también el poso que alimenta la vindicación de una órbita de la dignidad y de los derechos firmemente establecidos, que es el modo válido de librarse del destino y de concienciarse del poder de la mujer. Al hilo del relato, hilvanando referencias hipotéticas y constructivas charlas mantenidas entre personajes de la cultura contemporáneos a Wollstonecraft —el poeta, visionario y soñador William Blake, el grosero pero genial Henry Fússli o el panfletario Tom Paine— se va configurando el espacio donde la narradora actúa y teje un "desolado" escenario de palabras de la mano de un "innumerable" rostro femenino, que trabaja la tela reveladora de su exorcismo contra la soledad.

Sherwood ofrece un repertorio de síntomas del amor en sus diferentes versiones: traiciones, esperanzas, frustraciones, y de la perversidad del juego erótico, del que Mary, "fea y preñada" acabará siendo víctima, esclavizada por Gil, su amante americano.

También la geografía —o la geología— de la obra muestra sus convulsiones, como cuando la protagonista toma conciencia de los ingredientes que combinan su pasión, a veces angustiada, con la igualdad de los seres humanos, y que permite a los/las lectores/as situarse en Portugal, Irlanda, Londres o en el París de Robespierre, reflexionar sobre el engaño y las consecuencias de la verdad. En este caso, la verdad comporta una lucha amarga:

Nos amábamos y hacíamos como si nos olvidáramos del mundo que se derramaba en derredor. ¿Encierra esto una lección? Porque también nosotros nos desmoronábamos y Gil era tan cruel como la revolución, y yo tan desgraciada como las masas sacrificadas. La melancolía agría la leche materna (...) nuestras vidas se sostienen sobre un entramado de lealtades que desafían a la autoridad y a la lógica.

Carlton dejó escrito que la única diferencia entre un capricho y una gran pasión es que el capricho dura mucho más tiempo. Sherwood parece sugerirnos que su protagonista creyó haber vivido una gran pasión cuando, en realidad, el aburrimiento incurable de una sociedad dormida en ataúdes de esperpentos retóricamente misóginos la arrojó al capricho nihilista y salvaje de cinco hombres sin atributos pero con apellidos —figurantes de un "mundo" fácil de leer pero que nos obliga a un pacto con lo minúsculo— y cuyo techo de vidrio resulta ser la verdadera y única pasión de Mary Wollstonecraft. Incompatible con la vida que le tocó sufrir, como un Jano con dos cabezas, esta luchadora apasionada logró desenvolverse con aplomo ante las contingencias que se le presentaron, con una mirada de inquietud y desasosiego ante lo que le espera y la añoranza de lo que deja.

Frances Sherwood ha dado cima a un texto necesario, en el que resulta fácil enriquecernos frente a un "espejismo" tan real como actual, sumergido en una narración fluida, por encima de cualquier división temática, y del que emerge el caleidoscopio de la Historia. Quien lo gire tendrá la impresión de que todo se escribe como incesante crónica, remunerada por páginas que dan sentido a una misma noche, protectora de los sillares de un templo en perpetua construcción..

Angela Molina Climent